

nuestras playas, y, con su apartamiento coincidirá la extensión de la influencia de nuestros contrarios. Nueva probabilidad de progresivo acaparamiento. El peligro no está en que Belice sea de Guatemala, sino que se convierta en colonia del Espíritu de Dominación.

Belice para Guatemala es una adquisición de nuestra raza. Belice para los Estados Unidos, significa el desastre de México y de nuestros hermanos del Sur. México anhela la prosperidad de Centro América. El día que surja la unión de las repúblicas gemelas, batiremos palmas y honraremos al gran Estado meridional. No será nuestro enemigo. No podrá serlo. Tendría que descasarse y renegar de su esencia al herirnos. Somos el baluarte de la etnarquía española. El broquel que defiende en América la dicha de los pueblos del Sur.

3

Belice y las Guayanas son nuestras válvulas de seguridad. Holanda, Francia e Inglaterra representan el contrapeso providencial de la acción yanqui. ¿Qué haría el Brasil, si supusiese que, para sufragar réditos internacionales, las tres naciones europeas abandonaban sus colonias a la gran potencia septentrional? ¿Cómo se conmoverían Chile y la Argentina, al averiguar que los Estados Unidos habían puesto su planta sobre tierras del hemisferio austral? Lo mismo experimentamos los mexicanos, al barruntar que Belice podría dejar de ser inglés. México nunca ha sido agraviado por su ilustre vecina. Si recorriésemos la historia de nuestras relaciones políticas, veríamos, solamente en uno de los episodios más gloriosos de nuestra vida republicana, a las naves inglesas y españolas alejándose de Veracruz, empujadas por Prim, mientras adelantaban, sin derecho, por tierras de Veracruz, los soldados de Napoleón.

4

Creemos haber reflejado en estas líneas el sentimiento nacional. La grandeza de Guatemala no puede sernos indiferente. La deseamos con la mayor sinceridad. Pero si este auge del país limítrofe, sólo fuere ficticio, y, en el fondo, de lo que se trata es de clavar otra pica más en Flandes; si el ferrocarril habría de ser yanqui, yanqui el puerto y yanqui la acción, entonces, no podemos menos de proclamar muy alto que a México y Guatemala no puede convenir este nuevo problemático alarde del imperialismo sajón.

¡Por fortuna, todo será, no más, cierto buen deseo de algunos multimillonarios de Wall Street!

Inglaterra estima en lo que vale su colonia, para no cederla graciosamente a los Estados Unidos, amagando a un tiempo, la soberanía de Guatemala y la de México. ¡Por el istmo central de nuestro Continente ha principiado ya a pasar, y desfilará totalmente, algún día próximo, el tráfico internacional!

Si la Gran Bretaña se ausenta, habrá cesado, quizás, en lo futuro, de guiar y presidir, como ha sabido hacerlo hasta aquí, la política del mundo.

ANTONIO CASO.

Revoluciones y democracia

(De *Excelsior*, México, D. F.)

LA revolución brasileña viene a poner nuevamente al debate el problema, que ya parece eterno, del porvenir de la democracia en los países de origen latino del Continente americano. ¿Está ese régimen destinado a naufragar en el mar de las violencias, de apetitos, de pasiones, de locuras, que sacude a esos Estados? ¿Las instituciones adoptadas por los pueblos libres de civilización moderna ¿no encontrarán arraigo en el suelo convulsionado de esas supuestas repúblicas?

El Brasil, como la Argentina y como Chile—el A. B. C. americano—parecía redimido de la terrible enfermedad que por un siglo, desde el día en que esos países tomaron carta de ciudadanía, meciera su cuna. Tras la convulsión que lo desligó de la tradición monárquica, y después de los inevitables zarpazos que aplicara el caudillaje en sus carnes, la joven República había entrado en un camino de calma, que por grados sucesivos había de darle el lugar prominente a que lo preparan sus riquezas colosales. Pero el Dragón velaba en la sombra de estas Hépérides tropicales: los antagonismos políticos, cortantes e irreconciliables, buscaban una salida para llevar su vieja querrela al terreno de las armas.

Ninguna nación latinoamericana había encontrado un medio más adaptable al molde democrático. Al erigirse en República no tenía el Brasil que inaugurar esa lucha de represalias que en los demás Estados han mantenido a sus poblaciones en un largo conflicto sangriento. El imperio abdicó, antes que ser arrojado por la fuerza, dejando establecidas todas las reformas inherentes a la democracia: abolió la esclavitud, debilitó el poder de la oligarquía reinante—los señores del terruño—destruyó los privilegios, unió las clases sociales. ¿No es esto hacer democracia? ¿Qué quedaba a los hombres encargados de conducir la República naciente? Una sola tarea, humilde pero sólida, pasiva pero constructora: asegurar la paz pública. Y esto es lo que se antoja que no han realizado en el Brasil, como por lo demás en los demás Estados latinos del Continente.

De sobra habían visto los grandes hombres del pasado los obstáculos que se alzaban en esos países al arraigo de las instituciones republicanas, que algunos de ellos, empero, contribuyeron a establecer. El mismo Bolívar traza palabras que queman. «Los que han servido a la causa de la revolución—dice—han labrado en el mar». Denuncia la miseria moral de las nuevas repúblicas con la dureza de los profetas hebreos, escribe García Calderón: «No hay fe en América en los hombres ni en las naciones; sus tratados son papeles, sus constituciones libros, sus elecciones combates, la libertad anarquía, la vida un tormento.» La crítica del Libertador se prolonga a los tiempos presentes.

La historia ha perpetuado este problema que nos punza tan dolorosamente como punzaba a nuestros padres, como punzaba a nuestros abuelos, como, según todas las apariencias, punzará a nuestros hijos. De la dictadura pasamos a la anarquía por el reducto de las revoluciones, que prometen improvisar un régimen liberal con la escuela de las bayonetas. Así se desarrolla la vida sangrienta de estas naciones; así van a ciegas estas llamadas democracias latinoamericanas.

En ellas, y por una ley indeclinable, las revoluciones engendran revoluciones durante largos períodos, siendo los vencedores de hoy los rebeldes de mañana. «Mis más violentos perseguidores de ahora—escribía Balmaceda, el Presidente de Chile, en su famoso testamento político—son los hombres a quienes he colmado de honores, los

